

ECONOLOGÍA

Desde la perspectiva clásica analizamos la historia socioeconómica del siglo XX con pugnas entre sistemas nacionalistas étnicos y patrios, regímenes autoritarios y democráticos, imperialistas y neocolonialistas, capitalistas y socialistas; pero nos olvidamos de otra perspectiva: la de los modelos contables de internalización y externalización de costes. El s.XX ha sido una evolución asimétrica de la internalización de los costes sociales en el precio de los productos y servicios, que en su compartimentación por fronteras sometidas a legislaciones de derechos básicos distintas, ha conducido a una globalización económica, que no social, y a la intervención de los mercados entre países y sectores.

La rentabilidad de cada actividad económica es trampantoque contable si no incluye todos los costes del ciclo de transformación, y la restitución de lo disipado en el proceso. La explosión demográfica, la contaminación, el agotamiento de los recursos, las desigualdades globales, son expresiones de pérdidas socializadas por no ser reflejadas en balances parciales de las acciones realizadas, desde la extracción a la destrucción. Incluir los costes de restitución de la cantera, la seguridad del personal, o la reutilización de los escombros en las viviendas, tal vez produzca pérdidas al promotor, pero si no se consideran contablemente: beneficios, que deberán ser asumidos por el resto de sus conciudadanos por igual en forma de degradación paisajística, costes sanitarios, energía, y extracción de materiales escasos.

Tras el intento descaradamente intervencionista del socialismo, el capitalismo global ha conseguido hacer del mercado imperfecto un mercado tutelado, y ha acabado arrinconando al liberalismo a algunos sectores económicos dentro de cada mercado nacional. A principios de esta centuria, obtiene su éxito de la óptima ubicación de los productores y compradores según la tolerancia de cada legislación contable a computar las externalidades en los costes. Capitalismo es regular y cobrar a los mercaderes por ir a comprar y vender al mercado, para que la demanda defina el precio al que referenciar los costes imputables en el proceso de transformación, e imponga el beneficio contable socializando las pérdidas con retóricas y contabilidades adaptadas al poder adquisitivo. Capitalismo es intervenir discriminadamente la Ley de la Oferta y la Demanda fiscalizando a los actores y no a los actos económicos, a las personas y no a las cosas, al trabajo y el valor más que a la propiedad y al consumo. Capitalismo es confundir valor con precio, y cantidad con calidad de dinero, es emitir riqueza socializando riesgo, avalando con valor especulativo sobre los patrimonios, la demanda del consumo. Ineficiente, insolidario e insostenible.

En diferentes grados, según el valor añadido y la estabilidad social de cada nación, se han ido internalizando en los precios los costes de seguridad e higiene en el trabajo, la formación laboral, las vacaciones, la maternidad, las bajas por enfermedad, el subsidio de desempleo, la jubilación, las pensiones, el finiquito, los seguros,... La hora de un zapatero remendón incluye los costes que referenciándonos al poder adquisitivo, estamos dispuestos a pagar a cambio de plazo, oportunidad, y estabilidad social, pero todavía no hemos internalizado los costes de los materiales que usa a cambio de calidad ambiental. La hora de un zapatero chino que fabrica sin internalizar esos mismos costes resulta más barata en términos contables, pues la estabilidad la impone el régimen político, y trabajan en jornadas agotadoras, sin cobertura,... En otros países incluso puede compensar la inseguridad jurídica o ciudadana, si el riesgo soporta la diferencia

contable internalizada. Esos son los cálculos que hacen las multinacionales detrás de retóricas de productividad: el mercado más competitivo es el que socializa más costes con mayor seguridad jurídica. Así mis zapatos cuestan nuevos en un bazar 15€, y cambiarles las suelas 20€.

En el s.XXI tal vez tengamos ya claro que la antiglobalización no consiste en hermetizar las fronteras, sino en internalizar por normativa global y equiparar los costes salariales de los países, para que la productividad se rija por criterios de innovación, esfuerzo, y organización, por mucho que los cantemos y coreemos. Ya se está iniciando una nueva revolución silenciosa, en el mismo sentido que la sucedida en el siglo pasado. Esta centuria será la de la internalización de los costes ambientales: desde la ineficiencia en el uso de materias primas finitas, de energía, al coste de restitución de condiciones lo más parecidas a las iniciales posible (en toda transformación hay disipación, y no es posible la perfecta sostenibilidad)... la Contabilidad Homogénea Global a Ciclo Completo de Transformación. Que los zapatos tengan por precio 15€ resulta de olvidar contablemente la suma de externalizaciones de su coste: la de los derechos sociales en países donde no están al mismo nivel de valor añadido, y la de las consecuencias ambientales del agotamiento de los recursos finitos, los residuos, la contaminación, las emisiones, el derroche, el ciclo de moda, la durabilidad,... y quien sabe si su coste real fuere de de 75€, y el de cambiar sus tapas de 25€ (la goma también es un producto infrafisalizado por no considerar en su precio todos los costes ambientales del ciclo completo de transformación).

Si la fiscalidad a las cosas considera parcial y parcamente sus externalidades en tarifa plana, que llamamos impuestos al consumo, la fiscalidad a las personas va más allá de la internalización de los costes sociales vía Seguridad Social (del orden del 50%, según se incluyan aportaciones adicionales), y es progresiva, pues confundimos justicia con envidia al valor añadido, al éxito, y al riesgo. Sin embargo los impuestos a las cosas y a las propiedades son proporcionales y equivalentes al valor que aporta el trabajo, de nuevo refiscalizado, cuando debiera ser exactamente al revés. ¡Subvencionamos cosas con personas en países donde vendemos servicios e importamos productos! Es la disipación en la transformación de las cosas lo que debe soportar las cargas impositivas según su impacto ambiental, que es sobre las condiciones de calidad de vida de los hombres. El s. XXI será el de la internalización de los costes ambientales, y eso no es de derechas o de izquierdas, sino consecuencia de vivir en un mundo superpoblado y limitado en recursos.

La Sociedad del Consumo se transformará en Sociedad del Conocimiento, cuando el salario internalice fiscalmente los costes sociales ocultos, el consumo los costes ambientales ocultos, y la propiedad los costes patrimoniales ocultos... y todo coste oculto se acaba socializando, que es repartiendo entre todos por igual. La Sociedad de Consumo fiscaliza los costes sociales, y más allá, para subvencionar productos con servicios, penalizando el valor añadido al comprar votos de los pobres de espíritu por confundir justicia con envidia a la ostentación, a través de impuestos progresivos a los salarios, reimposiciones al trabajo, y tasas planas para el valor añadido. La Sociedad del Conocimiento desplazará impuestos de la envidia, el riesgo, el trabajo, y el éxito, a la ineficiencia y disipación de recursos finitos, y al mantenimiento de la titularidad sobre bienes no perecederos. La hora del técnico de la lavadora cotiza entre SS, IRPF, IVA, IAE, Sociedades,... del orden de 4 veces más que el precio de la pieza que sustituye, fabricada muy probablemente socializando costes laborales con cargo al balance de otro

país o sector, y toda externalización se acaba manifestando en forma de injusticia social, demografía, contaminación, degradación ambiental, descapitalización, riesgo, u opresión.

Consumir según el coste real de los cachivaches que ostentamos ante nuestros vecinos, no nos gusta a los que vivimos en sociedades enfermas del Síndrome de Diógenes, acumuladoras de trastos a costa de otras que en vez de seguros, acumulan hijos, y en huída hacia delante suscribimos hipotecas sobre el territorio, los combustibles, las materias primas, para dejar herencia a beneficio de inventario. No votaremos a quien nos proponga precios de la energía o los materiales desreferenciados del sagrado poder adquisitivo, solamente porque sean ineficientes o contaminantes. No votaremos a quien proponga un nuevo modelo fiscal a las cosas, internalizando los costes que hoy se socializan, esconden, u olvidan. No votaremos a quien nos exija responsabilidad, sino ofrezca coartada. No votaremos a quienes no sean tan codiciosos y envidiosos como nosotros mismos. No votaremos a quien no nos ofrece nada a cambio, sino pagar por según la eficiencia de nuestros actos. La justicia social no es contribuir según la cantidad que se ingresa, sino según la distribución del uso de ello en actividades que cuestan a la sociedad lo que la sociedad reclama le restituyan. A largo plazo, la eficiencia se obtendrá por el bolsillo, y no por el corazón.

En un mercado internacional sin intervención militar, la capacidad de internalización de los costes sociales de cada economía nacional, es el valor añadido diferencial respecto a los demás países. La escasez de recursos y el incremento de la demanda de productos por la demografía y la deseable mayor equiparación de la calidad de vida global, nos obligarán a internalizar los costes ambientales, bien incrementando nuestra productividad, bien a reduciendo nuestro consumo de energía, territorio y materiales. La sociedad de consumo, como Roma según Casanova, hace uso de su abuso, atrincherados con salvas de fogeo: declaraciones, intenciones y voluntarismos. Podemos no desearlo, podemos escondernos, podemos ignorarlo, y el único modo de evitarlo es por la fuerza sobre los débiles: por nuestro poder adquisitivo, por nuestras alianzas, o por nuestras tropas.

Nos esperan grandes cambios en la geopolítica pos-neocolonialista. Los titulares de las materias primas se opondrán a la intervención sobre los precios de sus recursos que realizamos los “desarrollados” imponiendo los precios que podemos pagar por nuestra capacidad adquisitiva. No por voluntad de unos de mantener sus reservas, ni de otros por pretender modos de vida más sostenibles, sino por escasez, que es la base de la evolución ecológica y económica. Los sufridores de la socialización de los residuos, ineficiencias, riesgos y contaminación, clamarán también por su calidad de vida, que es ya social y también ambiental (la Naturaleza no corre peligro en si misma, sino nosotros en ella, pues la civilización se ha construido para protegerse del entorno, y no al revés). De algún modo encontraremos una salida a la contradicción de quien desea vender y no puede descapitalizarse, de quien no tiene recursos para su población y la aumenta, y de quien desea comprar y no puede acumular las consecuencias disipadoras de su consumo. En el poco probable caso de que no haya quien justificando el sostenimiento del absurdo por la fuerza, con banderas de justicia, honor, patria, y libertad, retrase lo inevitable, pronto la Naturaleza acabará actuando de oficio.

<http://www.bartolo.com.es> <http://www.ecoliberalismo.com>